

lenguaje, el tono y manejo del argumento superan al de sus otros libros. Ella misma dijo: «El platero que lo ha fabricado («el castillo interior») sabe más ahora de su arte.» Hay aún más. Fray Luis de León dice «La mística doctora escribía en lengua celestial más que en lengua castellana. No dudo que el Espíritu Santo habla en ella y que le regía la pluma y la mano.»

Tomando en consideración la calidad de sus obras y la gran personalidad de la autora es de esperar que su influencia se seguirá sintiendo y que infundirá en sus lectores sentimientos de amor personal, de admiración y reverencia.

SISTER MARIE DOLORES MARTINEZ

*College of saint Elisabeth, Convent  
Station, New Jersey (1).*

---

## ORACION PRONUNCIADA EN LA FIESTA DE LA BORDADITA

*Obsecro sollicite observare unitatem  
spiritus in vinculo pacis.*

Os conjuro a que seais solícitos en  
conservar la unidad del espíritu en  
el vínculo de la paz.

(CARTA A LOS EFESIOS IV, 3).

Doce años hace que en ocasión tan solemne como ésta tuve el honor y la carga, harto ponderosa, de hablaros en esta misma cátedra ennoblecida por lo más eximio de nuestros ingenios desde los tiempos ya remotos en que predicaban aquí Masústegui o Caicedo y

---

(1) La autora de este artículo es natural de Nicaragua, hermana de la Caridad y profesora de lengua y literatura castellana. Tiene en preparación una obra sobre la novela de Fernán Caballero. Reciba la ilustre escritora nuestros agradecimientos por su valiosa colaboración.

Flórez. Me halagaban en aquel entonces la idea de hablaros por vez primera y la esperanza, muy natural en un ánimo juvenil, de daros con mis enseñanzas alguna doctrina que fuese para vuestro porvenir de provecho; por eso en aquella ocasión os hablé de la fe y de las maravillosas trasformaciones que ella obra en el corazón y en la inteligencia de los hombres. Hoy, que he llegado casi a la mitad de la vida, gusto más de las cosas pretéritas que de las futuras, y así, por causa de ésta mi afición, he ido a buscar el tema de mi plática en las antiquísimas constituciones que escribió el venerable fundador para este Claustro.

Y es el caso que, luégo de haberlas estudiado con algún detenimiento, he visto en todas ellas un muy saludable remedio a los diversos males que tanto en el orden espiritual como en el temporal nos aquejan muy desde los comienzos de la vida independiente de esta Nación, que dio señales de sí misma cuando muy a la larga se exponían en el Viejo Mundo las ideas más peregrinas.

En las postrimerías del siglo XVIII, cuando por acá nos preparábamos a fundar la nación colombiana, en Francia una serie de problemas, al parecer meramente económicos, dieron en tierra con el edificio monárquico, de vastas y hermosas proporciones, que, a poder de mucha paciencia, había levantado el genio francés de las edades pretéritas. Abrieron en él la primera brecha los filósofos que, en pos del de Ginebra, prepararon la revolución; por esta brecha penetró con sus teorías ilusorias la Asamblea nacional y constituyente de 1789, y por último, el jacobino en quien la audacia hizo paces con la pusilanimidad, arruinó del todo lo que por mal-trecho habían abandonado ya los filósofos y los políticos.

No fue esta revolución uno de aquellos fenómenos aislados que sólo alcanzan a producir males ciertos en

un lugar determinado; no, porque, antes bien, así como hay una mecánica celeste a cuyas leyes obedecen todos los cuerpos siderales; hay, acá en la tierra, una mecánica social y política a que por fuerza están sujetas todas las naciones. De donde se desprende que si en algún país, ya formado y próspero, se rompe el equilibrio social, luégo y muy presto, padecen de rechazo todos los demás países que con él tengan alguna suerte de comercio. Tal aconteció con la revolución de la cual hasta cierto punto es consecuencia, entre otras, la democracia colombiana.

Y es de advertir que si la tal revolución tuvo sus aspectos buenos y benéficos, fue, por otra parte, causa de muchos que han de reputarse siempre por muy malos. Ella, en efecto, vino a querer destruir tres fuerzas principales que formaban como la base fundamental del equilibrio en el mundo antiguo. Por obra de los filósofos anteriores a la revolución, destruyó ella la filosofía tradicional que hasta entonces habían aceptado por lo común todos los hombres; aniquiló luégo la forma de gobierno más conocida en los siglos anteriores, e inventó, por último, un género, por cierto muy peligroso, de persecución religiosa.

Y es el caso, señores, que yo veo en las constituciones del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, un remedio eficacísimo que, a manera de preventivo, dio a nuestra República el maestro fray Cristóbal de Torres para curar o prevenir, según el caso, los males que acabamos de apuntar.

Fundó este maestro un Claustro destinado a educar por acá a los nobles, como para darnos a entender que, aun dentro de la democracia más rígida, ha de existir una nobleza que provenga, no de la sangre ni de las riquezas, sino de la ciencia y sobre todo de la virtud, y por esto dijo muy a las claras que este Colegio era «congrega-

ción de personas mayores, escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras y puestos que merecerían con ellas.» Quiso, así mismo prevenir los males de una filosofía que apenas comenzaba a surgir en pueblos muy separados del nuestro y ordenó por esto que todos los colegiales de este Claustro «jurasen de ajustarse en todo a la doctrina de santo Tomás de Aquino,» y puso, por último, remedio a la falta de piedad y religiosidad en que tanto se iba a señalar la nueva era, estableciendo este Colegio Mayor que él quiso y logró hacer un centro de estudios religiosos y de piedad insospechable

Fue, pues, fray Cristóbal de Torres una especie de profeta que anunció y curó por anticipo, desde mediados del siglo XVII, lo que sólo fue para nosotros una funesta realidad ya muy entrado el siglo XIX.

Y por lo que hace a las constituciones de vuestro Colegio os diré que en ellas, y en particular en los tres puntos que os he recordado, está el espíritu interior y el alma de este Claustro tan digno de veneración, no sólo por su antigüedad, sino lo que es de mayor mérito, por los grandes beneficios que ha prestado, por medio de sus colegiales, a la nación colombiana.

Reunidos hoy vosotros para festejar a vuestra Patrona, la Virgen Bendita del Rosario, paréceme que estáis muy favorablemente preparados a oír lo que acerca del espíritu de este Colegio os quiero decir y a escuchar las exhortaciones que, como Pablo a los de Efeso, os hago en este día a fin de que conservéis por siempre esta unidad de vuestro espíritu, dentro de los vínculos, eso sí, de la verdadera paz y caridad cristianas.

Con cierto temor abordo ahora la primera parte de mi tema, porque pienso que quizá vais a imaginar que yo sea partidario de formas y maneras de gobierno hoy casi del todo olvidadas, al menos en América; sin advertir,

que como sacerdote tengo que declarar con la Iglesia católica, que todas esas formas de gobierno y cualesquiera otras son, si se mantienen dentro de la esfera de la justicia y la moderación convenientes, buenas y muy capaces de crear la prosperidad pública; sin recordar, así mismo, que como ciudadano de esta República, no puedo, ni debo pensar, por múltiples razones, en forma alguna de gobierno diversa de la que hoy existe entre nosotros.

Mas, de otra parte, fácil es advertir que no siempre se ha usado en el gobierno de los pueblos, de la moderación y la justicia indispensables, de modo que si hubo en la antigüedad monarcas que se convirtieron en tiranos despóticos, hay o puede haber a la fecha democracias en cuyo seno la multitud misma se encargue de ejercer innoblemente la tiranía más peligrosa y fatal; porque si el río que sale de madre, tala los campos que debía fecundar, los mares cuando se agigantan en sus tormentas, destruyen en veces hasta las mismas rocas que detienen la fuerza avasalladora de las aguas.

Volved, si no, la mirada a nuestro propio territorio y decidme si no es cierto que en algunas ocasiones el océano tormentoso de nuestra democracia ha roto los acantilados de la ley y la moral para trocarse en causa de desolación y de males sin cuento. Y el peligro de este género de tormentas es mayor en nuestros días, que en épocas anteriores, debido a las doctrinas falaces con que se exalta el apetito de gloria, de dominio y de riqueza en la multitudes más o menos ignoras e inconscientes.

Este propósito de querer que el pueblo en cuanto tal se gobierne a sí mismo, no puede tener una realidad cumplida sino únicamente entre tribus incipientes; en todas las demás agrupaciones humanas el ciudadano más se semeja al que sabiamente concibieron los grie-

gos que a aquel otro con que soñaron en mala hora los revolucionarios franceses del siglo pasado; de donde se desprende que todo ciudadano ha de tener cierto número de cualidades que le merezcan este título y que entre esos ciudadanos ejercerá naturalmente la autoridad el que la multitud suponga más preparado. Hay, pues en toda república bien formada una escogencia y selección que en parte se semeja a la nobleza de que hablan vuestras constituciones, ya que según la mente de fray Cristóbal, no pretendió él fundar ni una escuela de agricultores, ni un colegio de obreros, aunque esas cosas entonces como hoy eran buenas y óptimas, sino «una congregación de personas mayores escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la República.»

Y ojalá que este noble propósito del arzobispo Torres fuera siempre para nosotros una realidad palpable. ¡Varones insignes! Hé aquí lo que más necesitamos tanto en la Iglesia como en el Estado, en el comercio como en la industria o en la agricultura; que se acaben, señores, esas medianías que asfixian y ahogan las energías de la nación colombiana. Porque si esta nación consta, como toda sociedad, de un elemento material, que es la multitud, debe tener un elemento formal del cual promane la autoridad ejercida por quienes conscientemente saben y conocen muy bien los fines peculiares que persigue o debe perseguir el pueblo colombiano.

Hoy más que nunca es necesario este colegio de varones insignes; varones a quienes no haga perder el juicio el apetito de la popularidad; varones que no halaguen indebidamente las pasiones populares, sino que eduquen al pueblo, lo dirijan y levanten a la esfera superior en donde ellos viven; varones, insignes acá en letras, como lo deseaba fray Cristóbal, ilustradores allá por los elevados cargos que con las letras merecen, de la República de que son hijos. Ved, pues, cuán le-

vantado era el pensamiento del santo arzobispo que ideó este Claustro.

Juntamente con este espíritu de nobleza y dignidad, bien entendidas, forma parte del alma de este Colegio, conforme a los deseos de fray Cristóbal, la filosofía de santo Tomás de Aquino. Y hay que convenir en que si anduvo acertadísimo el docto arzobispo en desear la prestancia y dignidad para sus colegiales, anduvo mucho más acertado todavía en escoger por maestro y doctor de estos colegiales a Tomás de Aquino.

La filosofía escolástica, como los príncipes del siglo XVIII, pasó, sin saber por qué, del trono al patíbulo, de la honra a la ignominia, de la veneración al odio; sólo que más feliz que ellos, se levantó luégo, por obra del Papa León, y volvió a entrar con todo honor primero en Roma y luégo en Lovaina, a las universidades de donde ignominiosamente la habían expulsado.

Hubo un tiempo, señores, en que el arte gótico era innoble, en que el feudalismo era recuerdo de opresión, en que la escolástica era la única ciencia que había logrado crear la edad media, edad de barbarie: hoy, la Suma Teológica de santo Tomás de Aquino y la catedral gótica se han venido a confundir en un mismo símbolo que representa la apología del cristianismo.

Dentro del antiguo templo griego sólo se aposentó el hombre divinizado; dentro de la Iglesia cristiana habita el Dios hecho hombre. Por eso, mientras en el uno las diversas partes son tan armoniosas como el cuerpo humano que representan; en el otro, la altura y la longura, la extensión y la infinita variedad de las formas, imágenes son del poderío del Señor que quiso vivir en las tinieblas del misterio. De estos poemas de piedra de la catedral gótica se levanta siempre un pensamiento sublime; las columnas, los arcos y las bóvedas, las galerías y las naves se confunden finalmente

en un todo armonioso que se levanta y alarga prodigiosamente para hacer converger las miradas de todos hacia el santuario donde vive Cristo.

Al mismo tiempo que aquí y allá fueron apareciendo en plena edad media estas catedrales góticas, surgió radiante en la inteligencia de Tomás de Aquino la idea generadora de la Summa Teológica, destinada, como el mismo Doctor lo advierte, a dar un conocimiento adecuado de las cosas divinas. En el santuario, que es la última parte de la Summa, hállase Cristo; en las naves está el hombre con sus virtudes y sus vicios; y Dios con sus misterios corona maravillosamente el templo de la Summa Teológica. Por de fuera la ciencia de los filósofos antiguos hace las veces de los contrafuertes y los atrios, mientras en el interior la luz de la divina revelación lo ilumina y esclarece todo. Y hay que convenir en que esa luz sigue en las diversas partes de la Summa una marcha ascendente: tenue, cuando estudia el corazón humano, parece a veces confundirse, para quien no la conozca, con los dictámenes de la razón humana; brillante al señalar al hombre los misterios de la divinidad, es luz purísima y serena al señalarnos a Cristo, camino, verdad y vida de las almas; no de otra suerte que en la catedral gótica en donde esta luz se pierde en las naves, se esclarece en las ojivas e irradia multicolor en las vecindades del santuario.

Por más de una centuria se leyó aquí, en las diversas cátedras, día tras día, la obra del Doctor de Aquino; de tal suerte que ella vino a ser como el alma y la respiración de este Colegio destinado por la Providencia a educar a nuestros libertadores, a servirles de prisión en las horas que precedieron al sacrificio y de santuario luego donde perpetuamente serán glorificados.

Y tengo para mí que buena parte del espíritu co-

lombiano proviene de esta filosofía que arranca de lo real a lo ideal, que se aleja igualmente del materialismo que abate el pensamiento y del subjetivismo que se pierde en las regiones del ensueño. Ser práctico sin abandonar las teorías que hacen eficaces las obras; ser realista sin llegar a concebir el mundo como lo único que puede conocerse; ser idealista sin parar en los dislates de los filósofos germanos, esto y mucho más es ser escolástico porque en esta doctrina filosófica vive y palpita aquella perenne filosofía con que soñó Leibnitz.

Mas, si la nobleza de vuestra condición y sobre todo de vuestra educación os llevará a ser perfectos ciudadanos; si la filosofía de santo Tomás de Aquino, al completar vuestra enseñanza científica y literaria, os hará sabios, la religión y sólo ella, os hará hombres buenos, probos y correctos. Ella forma la última y la más noble parte del espíritu del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario conforme a los deseos de fray Cristóbal, que quiso consagrar a la oración de sus colegiales horas preferentes en el reglamento que les dio.

Como católicos y también como rosaristas, estáis triplemente unidos a la Iglesia de Cristo por un vínculo que pudiéramos llamar simbólico, por un vínculo que es jurídico, por un vínculo litúrgico; o en otros términos: profesáis la fe que se halla contenida en el símbolo apostólico; obedecéis a las autoridades religiosas que el Salvador antes de partir para el reino del Padre, os dio, y practicáis los actos del culto que El para honra de Dios y provecho del hombre instituyó. En este sentido vuestro Colegio es una escuela cristiana, una familia que hace parte de la sociedad religiosa total y un santuario donde se adora a Dios en espíritu y en verdad.

Como escuela cristiana el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario enseña la religión para obedecer

a la ley general de la Iglesia y a la particular de su instituto. El aula donde se enseña el catecismo centro es de toda la pedagogía de este Colegio nacido, como las escuelas de la edad media, a la sombra bienhechora de un convento.

Y como la doctrina religiosa es, a más de una cosa especulativa, otra práctica, deber vuestro es atender a la moral que no se funda en un mero sentimiento, que no nace de un imperativo ciego de la conciencia humana, que no tiene su explicación en la sola historia del hombre. No, la moral vuestra, que es cristiana, es, naturalmente inmutable como Dios de quien emana, serena como la inteligencia divina que la creó, pura y sincera como el corazón de Cristo que la promulgó en medio de los hombres.

Parte principalísima de esta moral cristiana es la obediencia a las autoridades fundadas por Cristo, quien quiso dar un carácter jerárquico a su Iglesia para que una unidad respondiera a esa otra perenne unidad que con Dios habita en los cielos.

El culto cristiano, a diferencia de los demás cultos, tiene como notas propias el transformar al hombre al propio tiempo que se honra cumplidamente a Dios. Los sacramentos y el sacrificio de la misa se completan; éste repara las ofensas hechas a Dios, aquellos las evitan, así como en la vida de Cristo los actos de su ministerio público divinizaron a los hombres y los de la hora de la muerte que El consumó en la cruz, hicieron que el Padre celestial volviera piadoso a mirar a los que se habían extraviado.

No puede pues concebirse un cristiano que no sea un creyente, un súbdito de la Iglesia y un hombre que practica lo que cree y recibe los sacramentos. Mas este concepto tan obvio, tan aceptado por toda la tradición humana, ha venido a padecer en nuestros días las más

serias y profundas alteraciones para crearse así, por obra de no sé que fatalidad, esa especie de anarquía viviente que reina en muchos de nosotros. Porque hay hoy día, aun entre los cristianos, quienes solamente admiran la hermosura externa de las ceremonias religiosas como si ellas desprovistas del alma de la fe cristiana valieran algo; hay otros que ven en la Iglesia únicamente una poderosa fuerza social, como si esa fuerza no dependiera de la doctrina que ella enseña; hay quienes conciben la fe como un resultado de los siglos y no como una concepción que brotó íntegramente de la inteligencia del Dios hecho hombre.

De todos estos incrédulos que aún creen ser cristianos puede decirse lo que de José y Azarias dice el texto de los Macabeos, que ellos no son del número y de la estirpe de aquellos varones por quienes se salva Israel. De modo que al incitaros a estudiar la religión y a practicarla, no quiero inculcaros este cristianismo romántico y social que hoy está en boga, sino ese verdadero cristianismo integral que parte del dogma, que se extiende a la moral, que cobija por igual el culto y la enseñanza bajo la obediencia toda del Pontífice Romano y de los obispos a quienes Dios puso para que rigieran su Iglesia.

Si sólo pensáramos en los hombres a tiempo que deseamos para bien nuestro en conservar el espíritu de este Claustro, el desaliento se apoderaría de nosotros porque la hora de incredulidad es impropicia a este Colegio; pero aquí está, en medio de nosotros, quien lo debe conservar perpetuamente. La Virgen del Rosario, la Bordadita como la llamáis vosotros, continuará derramando como Magdalena el perfume de su amor a los pies de Cristo, y de sus labios, como de la escala de Jacob, subirá hacia el cielo una oración que al vol-

ver a la tierra la fecunde con la gracia de las buenas obras.

De ella y no del hombre esperamos la vida para este Colegio, hasta que llegue para cada uno de nosotros aquel día en que cansados de haber contemplado en mil retablos la imagen de la Madre bendita, nos sea lícito verla de cerca y tocar las orlas de sus misteriosas vestiduras para sentir la emanación de esos perfumes de que simbólicamente nos habló el Cantar de los Cantares.

JOSE ALEJANDRO BERMUDEZ,  
Presbítero

---

## DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

---

Señor Rector, señores profesores, señores:

Al reanudarse las tareas escolares en el presente año, fui sorprendido con el llamamiento que me hizo el señor Rector para que formara en el cuerpo de profesores del Colegio en la cátedra de derecho probatorio de la Facultad de Jurisprudencia, y al escucharle su disposición me sentí dominado por una sensación dichosa que súbitamente me produjo aquella unción de vincular así mi nombre a una inmortalidad tan comprobada y evidente como es el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y sin otra prueba de propias aptitudes que el testimonio de la voluntad del maestro que sabía de mi más que yo mismo, acepté ser lo que nunca hubiera pensado alcanzar.

Y obediente hoy a los dictados de esa misma voluntad, que hubo de Dios la grandeza de querer y el dón de acertar siempre en el bien y en el honor de sus amigos y discípulos, me presento ahora ante vos-

Archivo Histórico